

91  
B.  
PQ7297  
B73  
A8



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

# A TRAVES DEL MUNDO

PROLOGO.

## CAPITULO PRIMERO.

Abrióse de nuevo la puerta del comedor, y Silvia Rymer, al mirar á su camarera Ana, vió que tenía el semblante encendido.

—Son más de las siete, y la comida estaba dispuesta para las cinco. Tendremos que tirarla.

Mrs. Rymer sonrió; pero una sombra de inquietud veló el hechicero rostro juvenil.

—¿No ha vuelto todavía mi marido, Ana?— preguntó.

—No,—fué la malhumorada respuesta.—Siempre he dicho que, cuando los hombres salen de casa, no saben nunca cuándo han de volver.

Mrs. Rymer se echó á reír.

—Trate usted de guardarlo todo en buen estado media hora más. Si usted quiere, así será, Ana.

—Trataré,—dijo la muchacha;—pero, de tratar á hacer, va mucha diferencia.

Volvióse á la cocina y Silvia Rymer tomó de nuevo el libro que había estado leyendo; pero era en vano que tratase de fijar su atención en él; se interponía una bruma entre sus hermosos ojos y las líneas; el sentido de las palabras que leía no llegaba á su mente. Consultó su lindo reloj y vió que eran las siete y veinte minutos; y aquella tarde, cuando la besó al salir, dijo que volvería á las cinco.

Levantóse y se acercó á la ventana. Quizás ojos humanos no hubiesen presenciado más hermosa escena. Los grandes lagos escoceses á distancia, las montañas cubiertas de brezo declinando hasta la orilla; un vasto, antiguo jardín lindaba con los prados, y los prados limitaban al borde de los lagos.

Era el mes de Junio, y el sol brillaba sobre las azules aguas, el brezo y las flores. El dejo de las rosas y las azucenas que las rodeaban, entre las plantas que florecían en el jardín, no había ninguna más bella que el rostro que las contemplaba.

—Es extraño que no haya venido,—dijo. En aquel momento, de entre las rosas, salió

una muchacha llevando un precioso niño en brazos.

—Tráeme el niño,—dijo Mrs. Rymer.

Tomóle en brazos, besó sus aterciopeladas mejillas, acarició la blonda cabecita, y le habló ese dulce lenguaje solamente conocido entre madres é hijos.

—¿Dónde está papá, rico?—dijo ella; y el niño levantó sus grandes ojos negros.

El corazón de la madre rebotó de ternura al contemplarle. Sería un noble y grande hombre, pero jamás tan noble como su padre, Ulrico Rymer. En la tierra no existía su igual.

Después la muchacha y el niño se alejaron. Sobre el lago se perdió el sonido de la campana —siete y media.— Volvió Ana, contrariada, con expresión de enojo.

—¿Quiere usted hacerme el favor de decirme qué voy á hacer con esa comida?—preguntó.

Mrs. Rymer volvió á la estancia seguida del perfume de las rosas y las azucenas. Aquel aposento era la pintura de la comodidad, lindamente amueblado, con flores y libros, la mesa brillante con su limpia mantelería y la elegante vajilla. La silla del esposo estaba dispuesta: todo cuanto podían desear, preparado con amantes manos y amante pensamiento. Había salido de casa á las tres, diciendo que iba á Broe á evacuar un asunto.

Broe era una pequeña población distante dos millas. Echó una mirada en torno suyo inspeccionando cada detalle; en la orilla de la mesa vió un cajón de cigarros, un par de guantes y una flor marchita que ella le había puesto en el ojal aquella mañana. Tomó los guantes y los llenó de apasionados besos.

—Amor mío! —murmuró.— ¿Era yo digna de tí?

Estando con aquella luz semidivina en su rostro, aparecía más bella que un forjado sueño. Alta y esbelta, de unos diez y ocho años, con una figura de perfecta gracia y simetría; finas y pequeñas manos y finos y pequeños pies; cuello ebúrneo, delicado y gracioso; una faz tan pura y elocuente en su fresca juvenil belleza, tan dulce, tan elocuente, que parecía la que Rafael daba á sus ángeles; suaves, brillantes cabe-

llos; violados ojos, resplandecientes como estrellas. Iba vestida sencillamente, pero con suma elegancia. Llevaba al cuello un medallón de oro, sujeto á una cadenita del mismo metal, y en mórbida muñeca un brazalete adornado de piedras preciosas. Los destellos del sol poniente la bañaban; el perfume de las flores llegaba hasta ella; pero estaba perdida en un éxtasis de amor.

—¡Amor mío! ¡Amor mío! —murmuró.—  
¿Quién más feliz que yo en el mundo entero?  
De nuevo Ana; pero esta vez con una carta en las manos y menos ansiosa su expresión.

—Un propio ha traído esto de Broe,—dijo.—  
Se la ha dado el señorito.

Con la sonrisa aún en los labios y un sonrojo que iba extendiéndose por su semblante, tomó la carta de manos de la doméstica. Besó su propio nombre, porque él lo había escrito.

—¡Mi amado Ulrico!—musitó.— ¡Ha pensado que yo estaría inquieta!

Después se sentó junto á la ventana para leerla. ¡Dios la ampare!

Con el sol brillando sobre ella, y rodeada de flores, leyó su sentencia de muerte.

Leyó las palabras que la borraban de la lista de las mujeres honradas y oscurecían su vida entera.

Hacia un momento estaba sonriendo, palpitante su corazón al pensamiento de él; unos momentos después, aquel tierno y flamante corazón, quedaba destrozado.

Estas eran las palabras en las que brillaba el sol, palabras que traspasaron á la más noble, buena y sincera de las criaturas:

—Mi querida Silvia: Será mejor y más práctico hablarte claramente y revelártelo todo. Me recomendarás; pero mi excusa es que te amaban profundamente, tan locamente, que me era imposible vivir sin tí. Recuerda esto siempre que estés dispuesta á juzgarme con demasiada dureza. Recuerda siempre que has sido mi primero y más grande amor; que ninguna otra mujer puede ocupar tu puesto en mi corazón; pero, Silvia, te he engañado—me ví precisado á engañarte—; todo es permitido en amor, y si te he poseído mediante una estratagemas, no soy yo el primero que ha olvidado lo que el mundo llama honor en cuestiones de amor.

—Es mucho mejor que conozcas la verdad. No podía vivir sin tí; pero, Silvia... ¡tú no eres mi esposa! No me odies. No podía casarme contigo, porque hace años di mi palabra á una mujer de mi clase, y ahora me veo obligado á dejarte y á cumplir mi promesa. Tú me creías Ulrico Rymer, hombre de posición desahogada, pero modesta; pero no es así. La prudencia me prohíbe revelarte mi verdadero nombre y mi posición.

—Créeme, Silvia, que deploro en el alma tener que escribirte esta carta; á ser posible te hubiese evitado todo conocimiento de esto. La forma de matrimonio que celebramos era inútil—meramente para satisfacer tu delicada conciencia;—una ceremonia sin consecuencias. Repito esto, porque espero, con el tiempo, saber que te has casado con algún hombre digno de tu bondad.

—Espero asimismo que te guses por un buen sentido, y evites todo lo que parezca dramático.

Miles de mujeres se han visto en idéntica situación, y después han vivido dichosa y honradamente. Ten presente que soy yo y no tú el digno de censura. Tú te creías mi esposa, y yo sabía que no lo eras. Es duro separarme de tí— hemos sido muy felices;—pero no me es posible permanecer en Escocia un día más. Sé que esto te apenará; pero debes hacer lo posible para resignarte. Puedes estar muy bien. Si quieres escribir á los señores Ring y Tresham, Thavies Inn, Londres, á quienes he confiado tus intereses, ellos te dirán el importe de tu pensión y lo que dedico para el niño. Te lo pagarán por trimestres, con condición de que no intentes jamás buscarme ni te preocupes por mí. La casa estaba tomada por dos años; puedes permanecer en ella.

—Y ahora, adiós, mi bella Silvia. Mi corazón desfallece al escribir la palabra. Es necesario que trates de olvidarme; trata de hacer todo lo posible y ser feliz con otro cualquiera. La hora más triste de mi vida es esta en que te dejo; pero es preciso. Aun cuando no hayamos de vernos más, créeme siempre tu amante.

ULRICO RYMER."

Del interior de la carta cayó un billete de banco que quedó en el suelo inadvertido.

No había en el cielo ni en la tierra remedio para una angustia semejante. La joven leyó hasta el fin, y luego se quedó inmóvil, silenciosa, como petrificada. No lloró, ni gritó, ni perdió el sentido; pero la espantosa desesperación que se apoderó de ella era terrible de ver. Los descoloridos labios estaban entreabiertos, pero de ellos no salía el menor sonido; los violados ojos tenían una expresión vaga y extraviada; ningún dolor hubiese podido revestir expresión más desesperada.

El viento acarrea los marchitos pétalos de las rosas dentro de la habitación, y luego agitaba la carta caída á sus pies; esto la sacó de su abstracción como si algo viviente se moviese delante de ella. Levantóse de su asiento.

—¡Ulrico!—gritó, con terrible voz.

Luego, como una ciega, á tientas, encaminóse al jardín. Pensó que estaría allí; su cerebro cedió al golpe moral; allí no había nada, excepto las flores y los árboles, y retrocedió, sin saber á dónde se dirigía.

## CAPITULO II

—¿Me llamaba usted, Mrs. Rymer?—dijo Ana, que había oído algo del pavoroso grito.

Ella volvió el semblante lívido y dijo que no. Entonces la muchacha vió el billete de banco y lo recogió.

—El dinero anda por los suelos,—dijo, poniéndolo sobre la mesa.—¿Quiere usted comer ó que le traigan una tacita de té?

—Llamaré cuando necesite algo,—fué la respuesta.

La joven se sorprendió de encontrar tan cambiada la voz de su señora. Volvióse para mirarla, pero la pálida faz estaba desviada. Salió dejando á la joven sola con su desesperación. De nuevo

tomó la carta y la leyó palabra por palabra.

—Debe de ser una broma,—se dijo,—esto no puede ser verdad. Yo soy su esposa ante Dios y los hombres.

Pero aquellas palabras nada tenían de broma; eran terribles, extrañas; y sentada allí, en horrorizado silencio, ocurriósele por la primera vez que podía haber sido engañada y abandonada. Semejantes cosas habían ocurrido ya; pero no seguramente con hombres como Ulrico. ¡Ulrico, su hermoso, noble héroe! ¡El hombre superior á todos los hombres! No era posible creerlo en el acto—; pero suponiendo que fuese verdad!—

Permanecía inmóvil; ni aun siquiera había un temblor en sus labios.

—¡Oh Dios mío!—exclamó.— ¡Permitid que muera, antes de conocer la verdad!

Inclinó la cabeza, incapaz de hablar ni de pensar, sufriendo en amargo, angustioso silencio, el primer golpe de su indecible pena. ¿Quién puede decir la vergüenza, el pesar, el amor ultrajado, la dignidad herida, la angustia que pasó como una tempestad sobre ella?

Media hora pasó antes de que volviese á levantar su pálido semblante, y entonces, aquella inmensa pena, había dejado tales huellas en él, que apenas se la hubiera podido reconocer.

Levantóse lentamente y permaneció erguida; sus piernas temblaban; una mortal debilidad la acometía; un frío mortal que parecía helar la sangre en sus venas y paralizar los latidos de su corazón.

—¡No soy su esposa!—dijo.— ¡Le he dado mi corazón, mi amor, mi vida, mi honor, y él, por toda recompensa, me ha engañado! ¡No soy su esposa!

Levantó los ojos al sonriente cielo. Alzó la mano como si quisiera traspasar la bóveda azul y llegar al Trono del Altísimo.

—¡Dios de justicia!—dijo con voz lenta.—  
¡Dios de luz! ¡Apelo á Vos contra él! ¡Soy inocente, pues me creía su esposa!

¡Llegó esta ardiente plegaria, esta ardiente apelación, al Padre misericordioso á quien no se apela en vano?

El silencio y el estupor de la desesperación habían desaparecido; ahora estaba dominada por el frenesí de la pena. Sus ojos ardían de ira, su semblante estaba encendido. Tomó el billete de banco que estaba encima de la mesa y lanzó una carcajada; una carcajada terrible de oír.

—¡Este era el precio de mi honor, de mi amor, de mi reputación, de mi alma!

Hizo trizas el billete.  
—Pasaré hambre... moriré; pero ¡no quiero nada suyo!—dijo.

Fuése á su habitación y echó al suelo todas las joyas que él le había regalado; rompió la cadena que llevaba al cuello; una por una fué arrojándolas bajo sus pies y las pisoteó hasta hacerlas mil pedazos.

—¡Yo no vendo mi alma por esto!—dijo, echando los fragmentos á un lado.— No quiero tener nada que le haya pertenecido.

Después se extinguió su violenta furia y quedó de nuevo extraviada, aturdida.

—¡No puedo vivir!—se dijo roncamente.—  
¡No puedo vivir! Yo no era orgullosa; pero ten-

go mi honor y mi reputación en más precio que la vida. He perdido las dos cosas y no puedo vivir.

De nuevo entró en su cuarto y tomó una escofeta y un chal; en la escalera encontró á la muchacha y al niño. Un amargo grito, un grito que debió de llegar al cielo, salió de sus labios. No miró á su hijo; desvió el rostro para no verle.

—¿Va usted á salir, señora?—preguntó la doméstica.

—Sí,—dijo la cavernosa voz.— Entreténgala usted como pueda. Yo salgo.

Le era preciso morir; aquella intolerable vergüenza no podía ser soportada. Además, en su limpia é inocente vida, nada más había tenido un amor, y ahora que se le había ido para siempre, ¿cómo iba á vivir? No podía mirar el rostro de aquel niño, que no iba á volver á ver, y no podía besar los puros labios; ¡marchaba á la muerte! Permanecía en el jardín, mirando en torno suyo con extraviados ojos; ojos que ardían, pero de los cuales no brotaba una lágrima.

A aquella hora, la noche anterior, él había paseado con ella á lo largo de los senderos, su brazo estrechándola el talle riendo al oír la contar maravillas del niño, acariciando á intervalos sus rosadas mejillas. Allí justamente, en aquel mazo de lirios, la detuvo para besarla, alegando que estaba celoso porque amaba demasiado á su hijito.

—Sí: en aquel momento, él conocía que la había engañado; que ella no era su esposa; que transcurridas unas horas la abandonaría para siempre.

Una apelación por venganza, por justicia— el grito de un corazón quebrantado,— salió de sus labios. ¡Oh la muerte, la muerte! No era posible soportar aquella vida de vergüenza; no le era posible soportar aquella pena que le torturaba.

¿Contemplaron los cielos espectáculo más triste que aquel? ¡Aquella mujer, tan joven, tan hermosa, tan amante, buscando en torno suyo un medio de muerte! Y, sin embargo, semejante espectáculo no era más que otra variante del pecado y el egoísmo de los hombres.

—¿Cómo morir?—se preguntó la infeliz.

Allí estaba el lago, brillando claro y brillante al sol, orladas sus orillas de blancos lirios acuáticos; aves de brillante plumaje rizaban su superficie; dulces ondas morían en la orilla. ¿Buscaría allí el descanso apetecido?

—No, no podría morir,—pensó.—he contemplado con él tantas veces estas puras y cristalinas aguas... Vería su rostro en las profundidades y no podría morir. Necesito una muerte rápida, en la cual no me conturbe el menor recuerdo suyo.

Hizo un movimiento al oír sonido de risas; una risa loca y extraña; su propia risa.

—¡Me vuelvo loca!—pensó.— ¡No morir... morir... loca!

Se reía, pues justamente se le ocurrió la idea de que aquello era una broma; una pesada y cruel, pero broma, al fin; había escrito la carta para probarla, y de pronto saldría riendo de entre los árboles, tendiéndole los brazos, y después....

después ella se asiría con un suspiro á su brazo, y él borraría sus lágrimas con besos.

—No puede ser verdad,—se dijo, sin moverse del sitio;—no hay hombre que pueda comportarse de tal modo con una joven inocente; no hay hombre que ose ultrajar las leyes divinas y humanas.

Quería encaminarse á Broe y ver por sí misma si era cierto.

Osaría él, osaría cualquier hombre, conquistar el puro corazón de una doncella para despozarlo? No es posible; aun para la maldad y el egoísmo de los hombres existen límites.

Decidió ir á Broe. El sol brillaba en los campos; los pájaros cantaban en los árboles; el viento mecía los brezos perfumados; las primaveras y campánulas asomaba sus cabezas entre el césped; la sonrisa del bello estío alegraba la tierra; ¿podía haber para ella tanto dolor y desesperación, tanta en perspectiva? No, no era posible. La tierra no se burlaría de ella con su belleza ni el cielo con sus sonrisas, si sólo angustia podían ofrecerle.

Volvió la espalda al lago; un estrecho sendero á través del bosque conducía á Broe. El frondoso ramaje de los grandes árboles orlaban los lados; el sol resplandecía en las verdes hojas; las arduas trepaban ágiles por las ramas; tranquilo, bello y fragante era todo cuanto la rodeaba. ¿Podían la obscuridad y la desolación esperarle al otro lado?

Llegó á Broe; nadie que la hubiese conocido pocas horas antes—fresca, bella y radiante—podía haberla reconocido ahora—lívido el rostro y la expresión desesperada.—Debió asaltarla algún recuerdo, pues al salir del bosque y divisar las primeras casas de la población echóse el velo sobre la cara y trató de aparecer más tranquila y calmada. Las campanas doblaban en la torre de la antigua iglesia—un doble triste y plañidero, muy en situación con lo que pasaba en el alma de la joven.—¿A dónde encaminaría sus pasos ya dentro del lugar de donde había salido la cruel epístola?

### CAPITULO III

En Broe no había ninguna fonda, pero sí una posada. "El Escudo de Broe," y Ulrico había ido allí con frecuencia á jugar billar. Silvia recordó esto, y quizás le encontrara allí, riéndose de su pesada broma, tan impropia de él. Pero ¿no podía ser una broma, después de todo?

Uno ó dos transeuntes que pasaron por su lado la miraron con cierta sorpresa. Aun cuando el velo era espeso, podían verse sus ardientes ojos y su descolorida faz.

—Es preciso que procure hablar con calma,—dijo,—ó van á crearme loca.

El dueño de la posada estaba en la puerta. Silvia se oprimió las manos con tal fuerza al hablarle, que dos días después aun conversaba las señales.

—¿Está Mr. Rymer?—dijo; y el posadero, que la conocía, contestó:

—No, señora; ha salido á las cuatro. Ha ido

á tomar el tren en seguida. Tengo entendido que Mr. Rymer se iba á París.

El dueño, que sabía que la mujer que tenía delante se llamaba Mrs. Rymer, la miró con curiosidad. Silvia vió la mirada. No había necesidad de que se riesen ó la compadeciesen aún: bien pronto habría muerto. Antes de que las gentes supiesen que había perdido su honor y su reputación, yacería inerte, y nadie se ríe de los muertos. Juntó sus manos más estrechamente, y el dolor físico la volvió á sus sentidos.

—Muchas gracias,—dijo.—No sabía que se hubiese marchado.

Dicho esto, se alejó, sin huella de la mortal desesperación de que estaba poseída.

—Esto parece raro,—se dijo el posadero.—¿Cómo se ha marchado á París sin decirselo á su esposa?

Sin embargo, esto no le interesaba, y reanudó la interrumpida ocupación de silbar un aire callejero.

¿Cómo moriría? Ya no había equivocación; no quedaba esperanza; no era una broma; sino una terrible, sombría realidad; una vergüenza que no podía afrontar; una desgracia que no podía soportar. Pero la dificultad era: ¿cómo moriría?

Grandes manchas de púrpura se destacaban en el cielo, y la rosada luz reflejaba en el limpio pavimento. Pasó por delante de felices hogares, en cuya puerta el padre contemplaba sonriendo los juegos de sus hijos, en tanto que la madre cantaba, ultimando sus quehaceres. Pasó junto á felices parejas de enamorados, cuyas tímidas miradas revelaban su secreto; y durante todo este tiempo la pena y la angustia no se apartaban de su corazón.

No podía soportarlo. Ya no habría más feliz hogar para ella; no más creencia en el amor de un esposo; ni más deleite en las sonrisas de un hijo. Debía morir pronto, morir antes de que se ocultase el dorado sol, y antes que las gentes conociesen la historia de su vergüenza.

Pasó por delante de una tienda de drogas. Allí habría mil medios de morir. Entró. Detrás del mostrador había un muchacho; el dueño había salido. Silvia fué hacia él.

—Necesito láudano,—dijo.—Sufro un dolor intenso y deseo aplicarme remedio.

El chico la miró con algo semejante á una sonrisa.

—¿Una jaqueca?—preguntó; y aquella que jamás había manchado sus labios con una mentira, inclinóse.

—Mejor será que se lleve usted una botella de esto,—añadió el mancebo, señalando el medicamento.

—Sí, replicó ella impaciente;—tomaré también eso; pero es preciso que me lleve láudano.

—No sé,—dijo el muchacho,—si puedo vender venenos. Creo que la ley se opone á ello.

—Puede usted venderlo,—contestó la joven con seguridad.—á personas de confianza. Yo soy Mrs. Rymer, de la Granja del Lago.

pero aun no bien hubo pronunciado estas palabras, recordó que no tenía derecho á aquel nombre, que no era suyo. El dependiente no comprendió el rubor que tiñó el rostro de la dama; pero lo atribuyó á la jaqueca. Colocó la bo-

tella de láudano en el mostrador y trasegó unas cuantas gotas á un frasquito. Silvia tenía ansia de morir, de quedar libre de toda vergüenza. Envió al muchacho al otro extremo de la tienda, y él, sin sospechar nada, fué Silvia aprovechó este momento para llenar el frasquito de la botella que había quedado sobre el mostrador; después pagó y salió de la tienda. Las puertas del otro mundo se abrían ya para ella. Tenía la llave en las manos.

Lentamente cruzó á través de las tranquilas calles. Al final de la más larga se levantaba la iglesia, de la torre de la cual salían los dulces y plañideros sonos. Ya no era cuestión de saber cómo moriría, sino dónde. Ante ella se extendía el cementerio; allí la muerte dormía en paz; allí se encontraba el olvido de la vergüenza, de la afrenta, de la miseria. Se introduciría allí, y sentada en cualquiera de aquellas losas, apuraría el frasquito de láudano, y moriría.

—Ese será mi doble funeral,—dijo, atendiendo al sonido de las campanas. Sentóse junto á una tumba sombreada por un sauce y después miró en torno suyo. Su mirada de despedida; ¡y cuán bello aparecía el mundo; cuán grandes las distantes montañas, cubiertas de pinos; cuán hermosos los bosques, con su solemne calma y su alfombra de florecillas silvestres; qué bella la pequeña población y la antigua iglesia con sus torres cubiertas de hiedra; cuán dulce el canto de los pájaros y el sonido de las campanas!

Iba á dejarlo todo, porque el egoísmo de un hombre le había hecho la vida intolerable. Estaba libre de vergüenza y pena; no se le ocurrió pensar del bien ó el mal. Ni por un momento se le ocurrió que su vida no era suya, y, por lo tanto, no podía destruirla; tan sólo recordaba la vergüenza de su posición y la miseria de su vida.

No quería recordar su pasado; no quería detenerse en los inocentes días de su juventud, los días en que el que acababa de abandonarla se había hecho amar de ella. No podía detenerse más que en su abandono.

De pronto, mientras permanecía allí con el frasco del veneno en la mano, pensó en su hijo; en la locura de su angustia, casi le había olvidado; el hijo que, una vez ella muerta, quedaría solo y sin amparo en el mundo.

—Mejor así,—gimió,—que conozca un día la historia de su madre.

Después llevó la botellita á sus labios; y á través de la extraviada mente cruzó el pensamiento de que tenía que encontrarse con su Creador. Unos momentos más, y se presentaría ante el Eterno Padre, á quien ella no había ofendido jamás voluntariamente.

Cayó de rodillas y una ardiente súplica por perdón asomó á sus labios.

—El me ha arrastrado á la muerte, oh Dios mío!—dijo.—Yo no puedo ocultar la vergüenza de mi vida. ¡Vos que sois más misericordioso que los hombres, tened compasión de mí!

¿Atravesó este ruego el firmamento azul? Cerró los ojos y puso la botella en sus labios. Algunas gotas del espeso y amargo líquido habían caído en su boca, cuando una fuerte mano se la arrebató, cayendo el frasco lejos sobre una pie-

dra, donde se hizo pedazos, vertiéndose su ponzoñoso contenido.

—¿Qué iba usted á hacer?—exclamó una voz clara.—¿Cómo osa usted atentar á su vida?

Ella levantó sus enturbiados ojos y vió ante ellos á un anciano de majestuosa apostura, cuyos cabellos eran blancos como la nieve; su rostro, hermoso por la virtud y la bondad.

—¿Iba usted á matarse?—preguntó con expresión de horror.

Pero ella cayó á sus pies, gritando:

—¿Por qué me ha salvado usted?... ¿Por qué no ha dejado usted que muriese?

### CAPITULO IV

El rector inclinóse y levantó á la infeliz joven entre sus brazos; contempló el pálido, desencajado rostro, con su terrible impresión de sufrimiento; admiró su juventud, su belleza, su pena.

—¿Qué puede haberla impulsado á la muerte?—pensó.

Silvia no se había desmayado; tal miseria como la suya, rara vez se da á tregua. Recostada en la losa donde había estado sentada, de nuevo gimió Silvia:

—¿Por qué no me ha dejado usted morir?

—Si la hubiese visto á usted al borde de un precipicio,—dijo el rector gravemente,—¿no debía separarla de él? Si la hubiese visto caer en el fuego... ¿no debía sacarla?

Ella le miró, y el bondadoso anciano quedó impresionado ante la pena y angustia que vió en aquellos tristes ojos.

—¿Usted sabe,—dijo,—usted no comprende que yo no puedo vivir?

El rector le tomó las manos; estaban frías como la muerte; tan frías que se alarmó.

—Pobre hija mía,—dijo.—¿Y usted no sabe que su vida no le pertenece? No puede usted prolongarla un momento, ni atreverse á atentar contra ella. Dios se la dió á usted. El es el único que puede tomársela. Usted no puede echársela en el rostro como un don despreciado.

—No sé,—gimió ella.

—No; yo no sé, quizás, el pesar que la domina; pero soy viejo, y toda mi vida he estado enseñando la ley de Dios; he visto el sufrimiento bajo todas las formas, pero no conozco ninguna que justifique el suicidio.

La joven se estremeció á la palabra.

—He visto desolación y miseria en medida que no es posible exceder,—continuó el rector;—el remedio es la sumisión á Dios, no la propia destrucción. ¿Puede usted confiarme la causa de su pena?

—No,—contestó ella;—no debe ser referida.

—¿Pobre niña!—dijo el anciano gentilmente.

—Es usted demasiado joven para soportar tanto. Pero, cualquiera que sea la causa, no haga el mal peor. La vida termina pronto; que haya sido feliz ó miserable, poco importa á la hora de la muerte. No hacerla peor añadiendo la eterna ruina. Ya sabe usted... aun cuando digan los impíos lo que quieran... que no hay perdón para el crimen del suicidio. ¿Quisiera usted que-